



Los pueblos y ciudades son el espacio común que los seres humanos hemos creado para el desempeño de nuestras actividades, ya sean laborales, de relación o de ocio. Su planificación conlleva la atención a múltiples factores que determinan nuestra vida y debe abordar, no sólo todas las necesidades que los ciudadanos demandan, sino también los efectos que su crecimiento puede conllevar en el entorno donde se encuentran.

Por eso, en una sociedad moderna como la nuestra, en la que la vida diaria se manifiesta como un conjunto de idas y venidas, en una búsqueda continua de la satisfacción, el progreso urbano debe ser algo más que el crecimiento de la población, infraestructuras de comunicación, servicios, dotaciones y equipamientos.

El progreso urbano es la creación de espacios comunes habitables, saludables y sostenibles donde desarrollar la vida humana y las múltiples interrelaciones en las que se basa. Esto se traduce en la construcción de ciudades y pueblos integrados socialmente, más eficientes desde el punto de vista ambiental, con planeamientos estratégicos que permitan el crecimiento económico, a la vez que mejoran la calidad de vida, permitiendo a todos el acceso a los servicios y equipamientos básicos sin olvidar la conservación del patrimonio cultural, natural y la diversidad de paisajes, como medio para proporcionar un equilibrio

Sostenibilidad y ciudad

La urbanización está estrechamente vinculada al desarrollo económico y al desarrollo tecnológico. El crecimiento urbano ocurrido durante el siglo XX es un hecho que, junto a innegables aspectos positivos relacionados especialmente con la economía y el bienestar de la población, ha acentuado también algunos problemas ambientales que si bien estaban ya presentes en ciertas grandes aglomeraciones urbanas en siglos anteriores, al extenderse por todo el planeta han producido un salto de escala hasta alcanzar un nivel global.

Los efectos negativos de las ciudades grandes y pequeñas sobre el medio ambiente han estado tradicionalmente vinculados a la ocupación de suelos fértiles, la contaminación de suelos y acuíferos, la deforestación, la contaminación del aire... la degradación, en suma, de buena parte de los elementos naturales que circundaban las ciudades.

El desarrollo económico acelerado del último siglo está relacionado con un mayor uso de los recursos naturales para su utilización por unos sistemas de producción cada vez más eficientes, y se produce al mismo tiempo que un espectacular incremento de la población mundial, particularmente de la urbana.

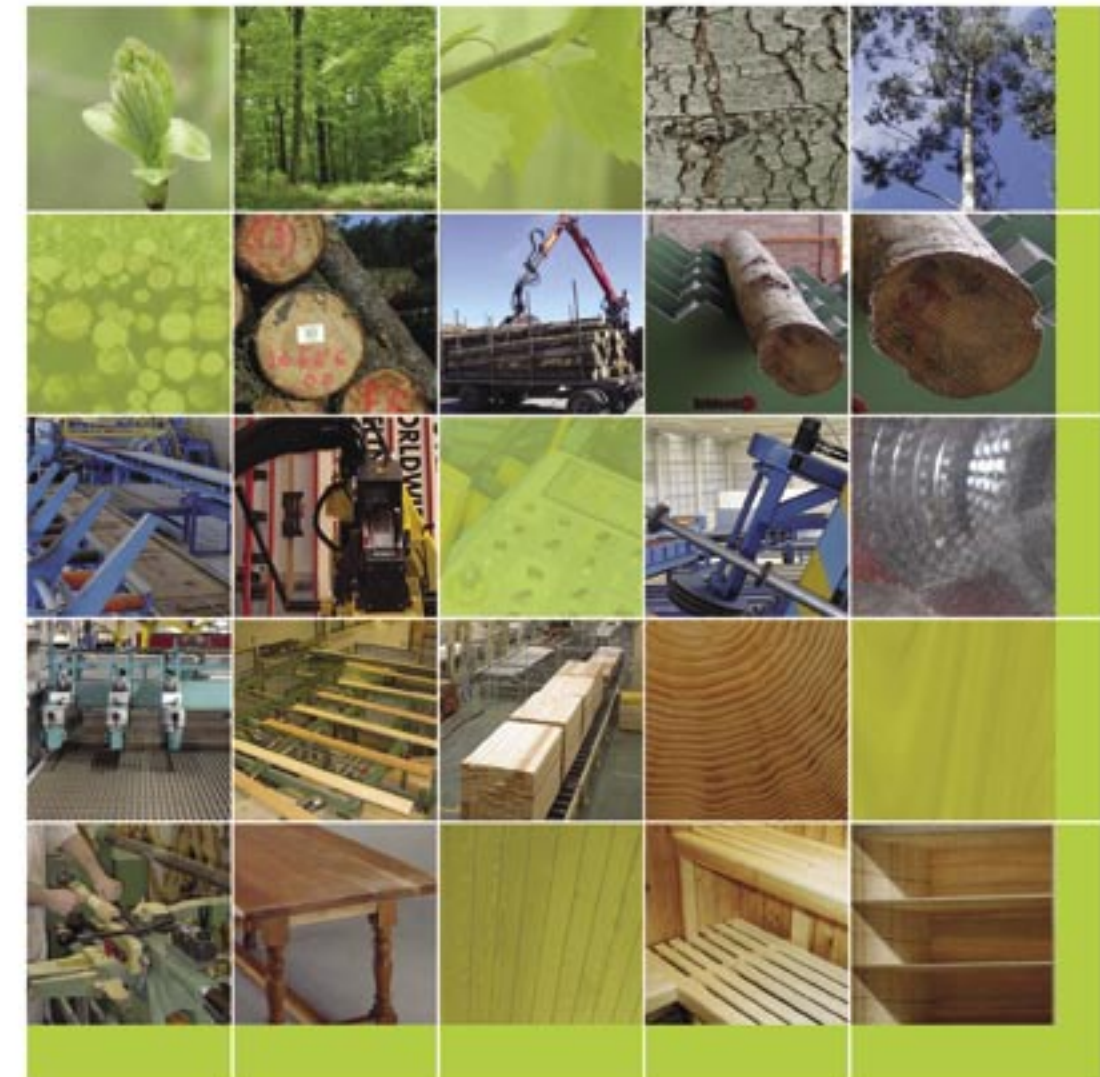
La "huella ecológica" de las ciudades, esto es, la superficie ocupada por la ciudad misma, más todo el área afectada por su actividad y aquella que es necesaria para nutrirla de energía y materia prima, es cada vez mayor de modo que el territorio no afectado es cada vez menor en el planeta.

Ha sido, pues, durante el siglo XX cuando la mayor concentración urbana de la población, unida a una fuerte aceleración del crecimiento demográfico y a cambios radicales en los sistemas de transporte con el desarrollo del ferrocarril, la aviación y el automóvil, ha generado cambios cualitativos en esos efectos, que han pasado, de estar limitados al entorno de las propias ciudades, a poner en duda la habitabilidad de la tierra, al menos en el sistema actual.



www.madera-sostenible.com

Periódico digital



para la industria española
de la madera y el mueble



La construcción sostenible

Hasta hace relativamente poco tiempo la interferencia que la actividad humana causaba a la evolución natural era irrelevante, ahora bien, desde la revolución industrial hasta nuestros días la agresión al Medio Ambiente ha sufrido un incremento tal que amenaza a la continuidad del propio medio natural tal como lo conocemos.

Es necesario, por tanto, modificar los comportamientos humanos de modo que alcancen el grado de sostenibles. Es decir, que no hipotéquemos a las generaciones futuras dejándoles como herencia un planeta inhabitable.

Una de las actividades más agresivas con el Medio Ambiente es la relacionada con el consumo de energía. Desde la extracción de las materias primas, el transporte, la transformación y/o adecuación de las mismas, así como el consumo final.

Dentro de los consumos de energía final, el sector de los edificios es el responsable de un elevado porcentaje que, en función de su uso, varía considerablemente en cuanto a la forma final de la energía requerida, la distribución porcentual del consumo y el consumo total de energía por unidad de área.

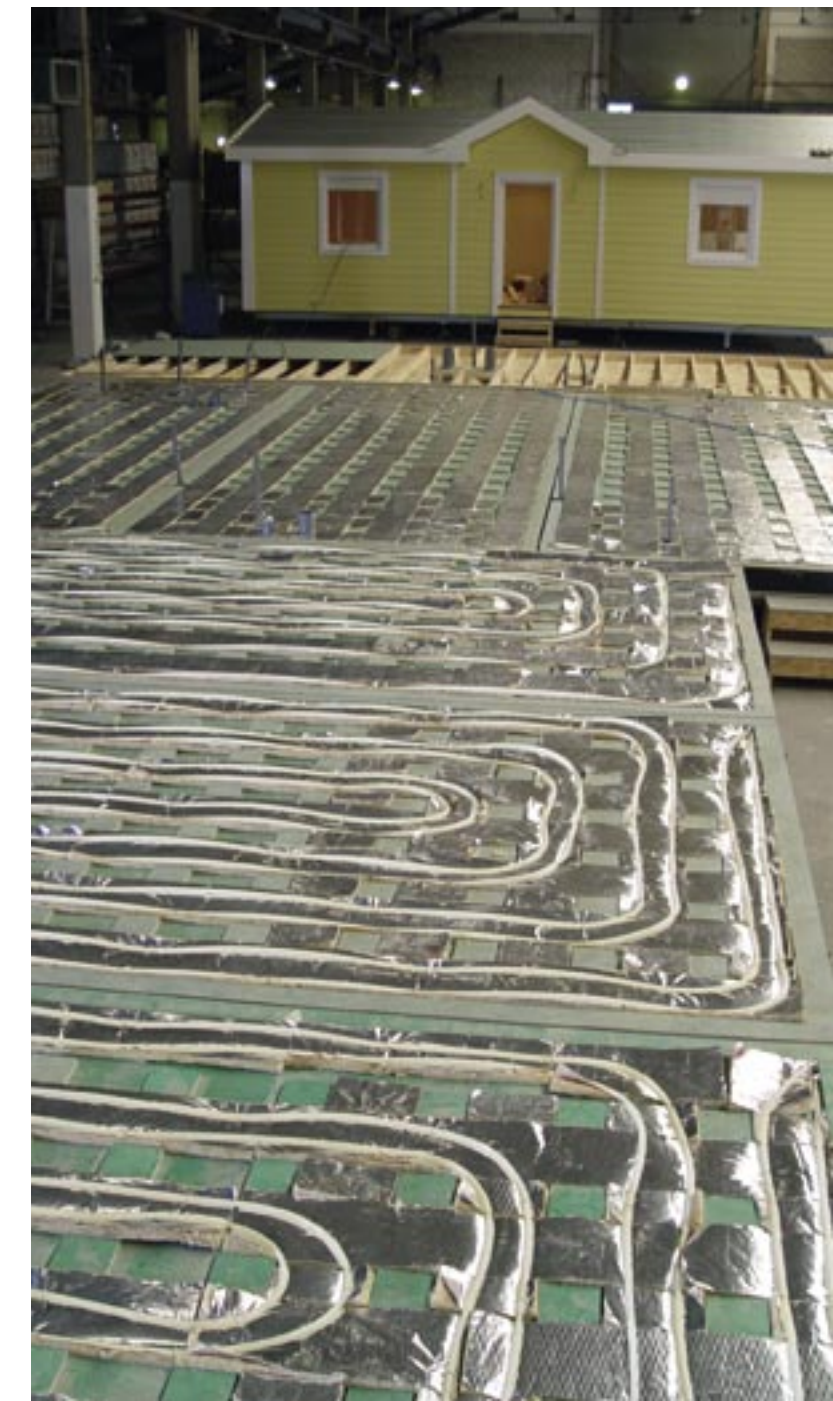
Las técnicas de aprovechamiento de los recursos naturales para satisfacer la demanda energética de los edificios se ha mostrado, en no pocos ejemplos prácticos, como de gran eficiencia desde todos los puntos de vista, incluso en el más exigente, que suele ser el económico.

Las necesidades energéticas de un edificio comienzan cuando se extrae la arcilla para la construcción del ladrillo, o el hierro para la fabricación de la viga, y terminan cuando el último camión de escombros ha llegado a su destino final, una vez demolido el edificio. A lo largo de este proceso se han generado unos gastos energéticos, así como unos residuos que han perturbado el desarrollo natural del sistema ecológico y alterado en mayor o menor medida el Medio Ambiente.

Para una correcta evaluación de la repercusión energética o del impacto ambiental del edificio, debe tenerse en cuenta todo este proceso. En general, sólo se tiene en cuenta la repercusión energética durante la vida útil del edificio, obviando la fase de construcción, las posibles rehabilitaciones, así como la demolición del mismo.

El consumo de energía en los edificios es muy importante, y cualquier ahorro que se consiga en los mismos sería muy beneficioso, tanto en el ámbito económico como medioambiental.

A pesar de que la demanda energética de un edificio, en general, no es elevada si la comparamos con prácticamente cualquier proceso industrial, en cambio sí es muy persistente en el tiempo. Los edificios tienen una vida media muy elevada, por lo que los aciertos o errores en la construcción van a perdurar durante un dilatado período de tiempo.



Ciudad sostenible y calidad de vida

Según Girardot, se puede definir como sostenible una ciudad en la que sus habitantes disfrutan una elevada calidad de vida, a la vez que evita transferir problemas socioeconómicos o de salud a otros lugares o a las generaciones futuras.

Según el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, "el desarrollo sostenible supone una mejora de la calidad de vida dentro de los límites de los ecosistemas".

Pero ¿qué es en realidad la calidad de vida? La "calidad de vida" de una sociedad proviene de experiencias subjetivas de los individuos que la integran y en la cual desarrollan su vida cotidiana. Su conocimiento exige, en consecuencia, saber cómo viven las personas, sus condiciones objetivas de existencia y qué expectativas de transformación de estas condiciones desean, y evaluar el grado de satisfacción que se consigue.

Para determinar la "calidad de vida" del individuo, estos son los criterios a valorar:

Bienestar individual:
Trabajo, educación, sanidad, vivienda, equipamientos, etc.

Calidad ambiental:
Ruido, calidad del aire, calidad del agua, etc.

Relación de los ciudadanos:
Relaciones, ocio, tiempo libre, etc.

Asimismo, el tamaño de las ciudades y la forma en que han sido planeadas reviste gran importancia para su calidad de vida. Muchas ciudades han aumentado su población sin que ello haya supuesto una mejora en la calidad de vida de los ciudadanos. La vida en las grandes ciudades es más difícil y, sin embargo su mayor tamaño supone mayores posibilidades de relación, intercambio, producción y riqueza, lo cual incide también en la calidad de vida. Lo cierto es que no hay consenso sobre cuál debe ser el tamaño óptimo de las ciudades.

El desarrollo sostenible supone una mejora de la calidad de vida dentro de los límites de los ecosistemas.